

Dos cuentos

Augusto Coronel Odizzio¹

Madrugada

El cascarudo se mueve desaforado atravesando el túnel. Arrastra sus patas duras, articuladas, filosas. Milimétricos trozos de delicada piel se desprenden del conducto carnososo tras su paso. No sabe adónde va, no entiende que el final es membrana tensa y sensible. Rasca esa piel interna con sus patas amplificando un sonido irregular y rasposo, casi tangible, que se irradia desesperante en la cabeza del hombre que visto de afuera parece dormir en calma, sin librar sospechas de estar padeciendo una sofocante y reiterativa pesadilla.

En el sueño, el hombre tranca su mandíbula, abre duros los ojos y se sacude frenético: intenta liberarse del insecto que le camina adentro cada vez más fiero. Luego ruge apretando gestos de dolor, hasta que cae al suelo y comienza a convulsionar.

En una siguiente secuencia del sueño, está parado solo en un cuarto blanco y limpio, como de hospital, sobándose la oreja, y ve al cascarudo en el suelo. Exhala un momentáneo alivio y lo pisa con reiterado desprecio, hasta que levanta el pie y el bicho ya no está. Examina la suela de su zapato, tajea el ambiente con nerviosas miradas y no lo encuentra. Es ahí que el sonido rasposo lo contamina otra vez desde adentro, entonces corre desesperado hasta arrojarse por una ventana.

Despierta despegando la nuca de una almohada enchumbada en sudor. Mientras, la construcción onírica de su cuerpo, ya no soñada por él, se va lastimando por trozos y astillas de vidrio a medida que cae hacia un suelo duro y asesino. A su izquierda, la mujer duerme sumergida en placidez, sueña también, pero algo muy distinto, algo entre cálido

1. Augusto Coronel Odizzio (Maldonado, 1989). En 2019 publicó la novela *La noche entre dos mundos*, premiada por los Fondos de Incentivo Editorial de la Intendencia Municipal de Maldonado. En 2018 publicó el libro de relatos *Climas* (segundo premio en el Premio de Narrativa Antonio Lussich 2017) mediante la editorial Civiles Ilustrados. En 2015 obtuvo el tercer premio en el concurso de relato breve *Maldonado te cuento*, por su relato "El frío en la cara". En 2013 publicó el poemario *Aquella sangre*, en la colección de mini libros de Trópico Sur Editor. Textos suyos están incluidos en *La ballena de papel*, antología de poesía de Maldonado, 1985-2017. Ha publicado notas sobre cine en medios argentinos y ficción en medios nacionales. Administra el blog *Diario de un incompleto*.

y liviano. Agitado se baja de la cama. Camina por el pasillo salpicado por las luces de la calle que se meten lánguidas y baja la escalera. Atraviesa el comedor y prende un cigarro en la cocina, sobre una ventana que abre con agilidad ansiosa pero calculada; no quiere despertarla a ella, sabe que si lo hace, un pretexto cualquiera los obligará a pelear de vuelta, y así estarán mucho rato, arrojándose insultos basados en acusaciones y resentimientos. Es que en los últimos meses las peleas han sido torbellino asediante.

Afuera la lluvia se hace cortina densa. Cae, y arranca al calor del suelo que se ha acumulado durante el día. Pero como es lluvia de verano húmedo y pesado, solo logra que el calor levite y se reparta en el aire pegajoso de la madrugada.

Arriba, ella se está despertando, y dejará la cama vacía en instantes, con abrupta y creciente rapidez.

En la cocina envuelta en semipenumbra, él, apretando con una mueca el cigarro, abre la heladera para manotear alguna sobra de la cena o la jarra de agua.

Ahora ella está bajando la escalera. Baja macerando un comentario sutil pero exasperante, para espetarlo ni bien deje atrás el último escalón, y así dar lugar al pretexto.

La heladera irradia una luz tenue sobre la cocina y el comedor. Por el rabillo del ojo él asimila un bulto en el suelo y tuerce la cabeza. Ella ha terminado de bajar. Ambos ven, a la vez, lo mismo: su gato negro, con patas veteadas por un blanco opaco, yace muerto y destripado.

El fresco recuerdo de planicie moteada por viva fronda y sol que veía en su sueño, se detiene muriendo en su cabeza -como una foto que recién revelada es blanqueada de golpe-, y es contaminado por un horror que la endurece; apenas puede abrir la boca y gorgorear un grito que sustituye a su macerado comentario.

Él tira el cigarrillo donde caiga, y perplejo enciende la luz. Permanece un segundo agrietando la cara, y, con la misma desesperación de su sueño, se arroja a revisar ventanas y puertas comprobando que ninguna haya sido forzada. La heladera sigue abierta, liberando desde su interior una expresión lumínica pobre, que ahora es apenas una pátina en la pintura de esa escena extraña y deforme.

—Está todo cerrado. Acá no se metió nadie.

—¿Estás seguro?

—Pero claro, mujer, claro. Está todo cerrado.

—Fijate de vuelta, no puede ser.

Los dos se miran compartiendo un espasmo de violento nerviosismo. En segundos, la situación los obligará a culpar al otro irracionalmente y sin decirlo. En otro estado, en otro contexto, no cabría en ninguna mente que alguno de los dos fuera capaz de hacerle eso al gato, al que mimaban y sobreprotegían con exageración muchas veces.

La adicción al juego que lo llevó a gastarse los ahorros para el primer depósito de un terreno, y las mentiras y engaños que nacieron para ir engordando cada vez con mayor descontrol; el borracho despliegue de sexo fuerte y rápido entre ella y un compañero de trabajo en una fiesta de fin de año, y la consecuente y resacosa culpa, inútilmente tapada por el autoconvencimiento de que aquello solo había sido un inocente desliz; y el aborto al que ambos accedieron luego de una semana entera poblada por el miedo, la vergüenza, la indecisión y una gama diversa de justificaciones. Todo existiendo a lo largo de siete años que comenzaron como comienzo cualquier unión de pareja, cuyas partes se convencen de que el amor podrá protegerlos de sus elementos más nocivos, y que inclusive mermará el impacto de sus futuros e inevitables errores.

Su diálogo es interrumpido por otra sorpresa: la heladera se mueve con agresividad, y la luz que le sale de adentro se va volviendo blanca, casi enceguecedora. Su atención ahora cuelga de ese suceso que se les presenta siniestro, lóbrego, inquietante. Ojos apretados y mano en visera protegen la vista. Miran otra vez hacia el suelo buscando la figura felina, aún indecisos y llenándose de miedo maniático, golpeados por la confusión y el aturdimiento de aquel que, enseguida de recibir un inesperado piñazo en la cara, es apuñalado con violencia en el estómago; pero el animal ya no está. La puerta de la heladera se cierra sola y con fuerza; el silencio ahora domina el ambiente. Él la abraza, ella deja caer por su cara una lágrima dura y pesada. Ambos figuran ser dos estatuas de carne, atemporales, rígidas. Afuera ya no llueve, y el vaho húmedo y espeso se despega lentamente de la tierra.

La heladera se abre con ímpetu mecánico y arroja al gato en las mismas condiciones en las que estaba cuando lo encontraron, aunque ya podrido y lleno de gusanos, como si dentro de ese vivo electrodoméstico el tiempo avanzara distinto. Aquel animal, muerto y en brusca descomposición, lanzado por la heladera, parecía, imitaba o sugería un pedazo de comida a medio digerir, expulsado por un estómago revuelto y ansioso.

Lo que aún los mantenía juntos (retazos de cuando todo era mejor, una ridícula e ingenua esperanza, el entendimiento y la mutua aceptación de sus respectivos errores, o quizá y nada más que una inercia emocional) y compartiendo un techo, terminaba entonces por desvanecerse esa madrugada, como el vaho de afuera al alcanzar la chatura viscosa de nubes y cielo.

Basquetbolista

La feria es una masa de ruido. Cuando uno la camina el ruido se mueve. El ruido existe más que la tierra y no lo puedo tocar. Lo gestos me explican que un señor está vendiendo un artilugio para entretener a un hámster: una ruedita cubierta de espejos por dentro. La idea es que el animalito pueda verse a sí mismo en su faena. “Los que saben dicen que eso los estimula”, le miente a la mujer que mira sonriendo a su hija. Entonces vende. Es un hombre hábil, porque además el aparato es caro. La verdad es que eso a los hámsters los deprime, los humaniza.

Me empujo dócil entre la gente, las piernas andan solas. Es tarde de paseo, no hay apuro; no encuentro irritación fácil. Los olores van de amarillos de sol apretado entre edificios, hasta tufos espesos. Se unen al ruido. Pero se desprenden a su antojo, son inaccesibles también pero no molestan, no hieren como el ruido. Mi cabeza es un mar violento, en la superficie barcos a la deriva se comunican mediante bengalas defectuosas, que asoman anuncios, no concretan; orienta mal su humareda lánguida: es que no pienso, rasco nociones lentas en desorden.

Michael Jordan ganó seis anillos con los Chicago Bulls. Obtuvo el mayor promedio en la historia de la NBA. Fue líder en robos de balón. Michael Jordan está tatuado en la pierna del muchacho que oscila sus dos metros de altura y camina adelante, en el andarivel de la feria que a mí me traslada. De la mano lleva a la que parece su novia, una rubia bajita de trote elegante. El basquetbolista tiene una gorra en la que destaca en letras rojas NBA. Y una musculosa que dice LeBron James. No debe tener más de 22 años. Parece contento, satisfecho, pacífico. Su novia se detiene a mirar unos cuadritos con panorámicas de Punta del Diablo y Cabo Polonio y lo mira diciéndole que en verano tienen que volver, que allá es precioso. Y pienso en ese gigante, en lo increíble que debe sentirse embocar un triple ganador sobre el final del partido. Lo veo en el despliegue alegre dando saltos, chocando manos con sus compañeros, recibiendo gritos de elogio eufórico proyectados por la tribuna. Puedo oler el perfume de su novia mezclado con sudor mientras salta agitada, festejando, muerta de amor y de orgullo por su basquetbolista. El equipo ha ganado el campeonato. Más tarde irán todos, junto a sus amigos, parejas y el enjambre de fanáticos, a festejar a un bar. El entrenador pagará una ronda. Una voluptuosa con ojos de vicio selectivo e interesado, aprovechará la ida al baño de la novia del basquetbolista para acercarse a él y más que seducirlo, violarlo con susurros y un intento de manoseo. Él, firme, frenará ese avance: “¿Estás loca? No, no, salí de acá. Ni se te ocurra”. Ella insistirá: “Tranqui, si querés la dejamos para otra, me llamás y listo, cuando quieras, grandote”. Y él: “Ni ahora, ni nunca, ¿ta claro?”. Ella ofendida dejará

el bar. Nunca nadie se le había negado. Había destrozado muchas parejas, conquistado regalos, viajes y otras ofrendas. El amor del basquetbolista es hermético.

Pero ahora yo soy la pelota, y entro fenomenal en el aro; pego en el borde, amago al vacío, pero vuelvo, rodeo y entro. Mejor la pelota que el que la lanza. No es él quien entra. Él ayuda, pero no entra. Y entrar es ganar. Si ganar es algo que pueda tocarse, es pelota rodeada de aire entrando.

Vuelvo a la feria. Todavía siguen mis ojos al grandote con su nena culona, tierna y petiza (le frota mimos, lo acaricia entre palabras). Aminoró y los veo perderse entre la gente, y cuando los pierdo de vista ocurre algo raro: hay silencio, cae repentino, dura segundos; y vuelve el ruido. Algo no está bien. Fruta. Necesito enterrarme en la boca una cantidad anormal de fruta. Este antojo ardiente solo lo vinculo a las frituras, a la comida grasosa y contundente, no a la fruta. “Dame un kilo de frutilla, seis peras, dos bananas, cinco manzanas y un kilo de naranja”, le digo al verdulero.

Llego a casa y me como las frutas (en el camino iba sacando y comiendo de la bolsa). Todas. No las lavo antes. Miro el tacho de basura y apunto una naranja podrida. Intento mil veces pero no entra. Se ha ido el ruido.